

chos les apretó el hambre, cenando como gran regalo del caballo muerto en la jornada. (1) Fue ~~vencido~~ la falta de víveres, que “un castellano aquejado del hambre, abrió á otro muerto y le comió los hígados, y Cortés le mandó ahorcar, y no se hizo a ~~un~~ de muchos.” Los aliados se echaban al suelo, mordían la tierra arrancando yerbas, y alzando los ojos al cielo exclamaban: “Dioses, no nos desampareis en este peligro, pues teneis poder sobre todos los hombres, haced que con vuestra ayuda salgamos de él. (2)

Cuitlahuac seguía atento la marcha de los blancos; desembarazado de los enemigos de la ciudad, juntó un poderoso ejército compuesto de sus súbditos, de los de Texcoco, de Tlacopan y de los pueblos de los lagos, cuyo mando confió al Cihuacoatl, poniendo en sus manos el *tlahuizmatlaxopilli* ó gran estandarte, compuesto de una asta, de cuya punta superior colgaba una red de oro. Como la nobleza, los guerreros de cuenta habían perecido en la mayor parte, la tropa vestía casi en totalidad las blancas divisas de los aspirantes. (3) Salidos de México los escuadrones, con intento de cerrar á los teules el camino de Tlaxcalla, fueron á situarse aquella noche del seis, á las faldas occidentales del mismo cerro de Aztaquemecan.

Poco despues de amanecer del sábado siete de Julio, los teules se pusieron en marcha. Cortés había sentido á los méxica y modificó el orden de la hueste; los tercios de los peones, divididos en capitánias, debían mantenerse unidos, procurando herir de punta en los contrarios y aprovechar los golpes en los capitanes y oficiales principalmente: la caballería, por pelotones de cinco en cinco, llevarían las lanzas terciadas á la altura del rostro de los de á pié, procurando no tanto herir, cuanto atropellar y desordenar las filas enemigas: á fin de dejar expeditos á los jinetes, los heridos quedaron protegidos en el centro de la infantería. Llevarían andada legua y media, cuando al atravesar la llanura de Tonanpoco, no lejos de Otonpa, se vió venir la muchedumbre de los méxica, oyéndose sus gritos de guerra. Hizo alto la hueste, tomó su formacion de batalla; D. Hernando le dirigió un breve discurso haciéndole entender ser preciso

(1) Cartas de Relac. pág. 147. —Bernal Díaz, cap. CXXVIII.—Sahagun, lib. XII, cap. XXVI.

(2) Herrera, déc. II, lib. X, cap. XII.

(3) “Y como iban vestidos de blanco, parecía el campo nevado,” dice Herrera.

vencer ó morir, y la llanura se inundó con los guerreros indios, avanzando resueltamente por todas partes hasta envolver á los blancos. “Estaban los españoles como una isleta en el mar, combatida de las olas por todas partes.” (1)

Los méxica cerraron pié con pié; en balde la caballería hizo varias arremetidas, pues las compactas masas de guerreros una vez desordenadas volvían á reunirse; con sus empujes sucesivos lograron por último rechazar á los jinetes, hasta hacerlos replegar al abrigo de los peones. De nada valían tampoco las récias estocadas, pues los muertos eran al momento reemplazados por los vivos, pareciendo casi inútil el herir y matar. Con verdadero heroísmo, los guerreros cobrizos se metían por la punta de los aceros, satisfechos si al perder la vida lograban hacer daño á los aborrecidos teules.

Prolongábase la batalla. Los blancos no habían sido vencidos; pero el Cihuacoatl lanzaba siempre nuevos refuerzos sobre el campo, sabiendo que si el combate proseguía, cansados de matar y extenuados por el hambre, los castellanos sucumbirían al fin; así, luchaban y luchaban sin tregua. “Pelearon con nosotros tan fuertemente por todos lados, que casi no nos conocíamos unos á otros, tan juntos y envueltos andaban con nosotros. Y cierto creimos ser aquel el último de nuestros días, segun el mucho poder de los indios y la poca resistencia que en nosotros hallaban, por ir como íbamos muy cansados, y casi todos heridos y desmayados de hambre.” (2)—“Llegado el medio día, con el intolerable trabajo de la pelea, los españoles comenzaron á desmayar. Viendo esto el capitán D. Hernando Cortés, con gran ánimo comenzó á animar á los españoles diciéndoles: “¡Oh hermanos! ¿qué haceis? ¿cómo no os esforzais? ¿Por qué desmayais, y os dejais matar como puercos de estos malditos idólatras?” (3) Los castellanos comenzaban á desordenarse. En aquel trance supremo el ánimo de D. Hernando permaneció sereno; recordó que los guerreros tenían la negra costumbre de huir cuando muerto el general había perdido el estandarte; alzándose sobre los estribos, buscó sobre la multitud al Cihuacoatl, descubrióle encima de un otero cargado en andas por los nobles y rodeado de su guardia; uniendo la pronta ejecucion al rápido pensa-

(1) P. Sahagun, lib. XII, cap. XXVII.

(2) Cartas de Relac. pág. 148.

(3) P. Sahagun, lib. XII, cap. XXVII.

miento, reúne á su lado los jinetes, con los capitanes Sandoval, Olid, Alvarado, Ávila, Gonzalo Dominguez, y mostrándoles el punto de mira, "Ea, señores, exclamó, rompamos con ellos." Precipitáronse en la direccion marcada, hendiendo los compactos escuadrones y abriendo un ancho surco llegaron al Cihuacoatl, Cortés con el encuentro del caballo le derribó de las andas, Juan de Salamanca se apeó listamente, le arrancó la vida y el estandarte que presentó á D. Hernando, éste le tomó, levantándole en alto, le sacudió en señal de triunfo, á semejante vista, siguiendo la mala costumbre, los guerreros huyeron en todas direcciones como una bandada de timidas palomas. Como por encantamiento había terminado la batalla. (1)

Dicen haber concurrido á la batalla 200,000 naturales, de los cuales perecieron 20,000: nos parecen cifras abultadas por la jactancia. Los castellanos quedaron reducidos, segun Bernal Díaz, á cuatrocientos cuarenta peones, veinte caballos, doce ballesteros y siete escopeteros: de los tlaxcalteca perecieron casi todos, distinguiéndose en la batalla el capitán Calmecahua, hermano de Maxixcatzin, llamado D. Antonio en el bautismo, célebre no tanto por su valentía, cuanto por haber muerto de 130 años. Juan de Salamanca recibió más tarde en premio de la hazaña, llevar por armas el penacho del Cihuacoatl.

Recogido por los castellanos el despojo abandonado por los méxicas en el campo de batalla, prosiguieron la marcha, haciendo alto aquella noche en un pequeño lugar en la misma llanura, llamado Apan; no tuvieron contratiempo, sino oír de lejos la grito de los contrarios. Iban alegres por haber escapado á tan gran peligro y asombrados de la pasada victoria, debida así á la bravura de D. Hernando como á su ingenio para aprovechar las prácticas de los naturales. Desde Apan se divisaba la alta sierra del Matlalcueye; era la tierra de Tlaxcalla, el término de la peregrinacion. Asaltábales en medio del gozo una punzante duda: ¿los recibirían en la señoría con la antigua amistad? ¿La desgracia suya habría traído mudanza en el ánimo de los fieros tlaxcalteca?

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XXVII.—Cartas de Relac. pág. 148.—Bernal Díaz, cap. CXXVIII.—Oviedo, lib. XXXIII, cap. XIV.—Herrera, déc. II, lib. X, cap. XIII.—Torquemada, lib. IV, cap. LXXIII.—Gomara, Cron. cap. CX.—Muñoz Camargo, Hist. de Tlaxcalla, MS.—Ixtilxochitl, Hist. Chichim, cap. 89. MS.

Siendo ya día claro dejaron á Apan. Llegados á una fuente en donde se partían los términos de Tlaxcalla, bebieron con abundancia, se lavaron y descansaron. "E así salimos este día, que fué domingo á ocho de Julio, de toda la tierra de Culua, y llegamos á tierra de la dicha provincia de Tascaltecal, á un pueblo de ella que se llama Gualipan, (1) de hasta tres ó cuatro mil vecinos, donde de los naturales de él fuimos muy bien recibidos, y reparados en algo de la gran hambre y cansancio que traíamos; aunque muchas de las provisiones que nos daban eran por nuestros dineros y aunque no querían otro sino de oro, y éranos forzado dárse-lo, por la mucha necesidad en que nos víamos." (2)

Temía D. Hernando penetrar en la señoría, dudoso de la manera con que sería recibido. Presto salió de la incertidumbre, pues luego que los cuatro señores fueron informados de la llegada de los castellanos, vinieron á Hueyotlipan acompañados de algunos principales de Huexotzinco; dieron la vienvvenida á Cortés, se dolieron de sus pesadumbres y heridas, le consolaron y prometieronle de nuevo perpetua amistad, no sólo por ser ya sus aliados, sino por vengar las muertes de sus parientes y amigos caídos á manos de los méxicas: trajeron gran cantidad de víveres y refrescos para regalar á sus amigos. Agradecido el general regalándoles en recompensa algunos de los despojos de Otonpa con las armas y estandarte del Cihuacoatl, lo cual tuvieron en mucho por haber sido quitado á los méxicas. Aquellos agasajos fueron acibarados por malas noticias. Al venir la última vez sobre México, Cortés había dejado en Tlaxcalla á los heridos y enfermos, en guarda del tesoro que de Cempoala traía y de lo que Juan Velázquez había recogido en Tuxtepec, ordenándoles para cuando estuviesen repuestos se dirigiesen con el oro á Tenochitlan. Habiendo llegado cinco jinetes y cuarenta y cinco peones de la Villa Rica al mando de Morla y de Juan Yuste; todos los

(1) Hueyotlipan, en el actual Estado de Tlaxcalla.

(2) Cartas de Relac. pág. 149. Los últimos conceptos del texto no son verdaderos. Así lo había dicho ya Juan Cano al historiador Oviedo, segun consta en el lib. XXXIII, cap. LIV: "Tenedlo, señor, por falso todo esso: porque en casa de sus padres no pudieran hallar más buen acogimiento los christianos, é todo cuanto quisieron, é aun sin pedirlo, se les dió gracioso é de muy buena voluntad."—Consta lo mismo, por la deposicion de testigos presenciales, en la Informacion hecha por el gobernador y cabildo de naturales de Tlaxcalla, recibida en México y Puebla el año 1565. México 1875.

castellanos formando un destacamento de setenta y dos hombres, cinco mujeres de Castilla y un hijo de Maxixcatzin habían tomado el camino de México, dejando á Hueyotlipan unos doce dias había. Ignorando el levantamiento de los méxica, se metieron por tierras del imperio, quedando muertos en su mayor parte, llevados los demas vivos á la capital: algun tiempo despues encontraron escrito en la corteza de un árbol: "Por aquí pasó el desdichado Juan Yuste, con sus desdichados compañeros, con tanta hambre, que por pocas tortillas de maíz, dió una barra de oro que pesaba ochocientos ducados." Peció ademas Juan de Alcántara con otros tres vecinos de la Veracruz, los cuales iban á México por las porciones que les tocaban del tesoro, é igualmente muchos castellanos que confiados en la paz, andaban dispersos por los caminos. (1)

Despues de haber descansado tres dias en Hueyotlipan, los castellanos se movieron para la ciudad de Tlaxcalla, en donde fueron recibidos con gran regocijo, si bien mezclado con el llanto de multitud de mujeres, acongojadas por la pérdida de sus deudos muertos. Maxixcatzin aposentó á Cortés en su palacio, y Xicotencatl en el suyo á Pedro de Alvarado; la tropa quedó alojada cómodamente. Ahí tuvieron un reposo de veinte dias para curar á los heridos, de los cuales murieron cuatro quedando algunos estropeados; "é yo así mismo quedé estropeado de dos dedos de la mano izquierda." (2)

Tranquilo ya D. Hernando en Tlaxcalla, mandó pregonar, pena de la vida, que todos los soldados entregasen el oro que en su poder estaba y de México habían sacado: no se expresa bajo cuál pretesto se hacía la devolucion, constando sólo haber obedecido el mandato, reuniéndose alguna cantidad del codiciado metal: hizo ademas promesa de corresponderle la parte salvada del tesoro. (3)

D. Hernando estrechó su amistad con los tlaxcalteca, ajustando

(1) Herrera, déc. II, lib. X, cap. XIII.—Bernal Díaz, cap. CXXVIII.—Cartas de Relac. pág. 150.—Torquemada, lib. IV, cap. LXXIII.

(2) Cartas de Relac. pág. 151.—Acerca de estos dos dedos perdidos por Cortés, decía Juan Cano á Oviedo, lib. XXXIII, cap. LIV: "Tuvo Dios bien poco que hacer en sanarle; é salid, señor, desse cuidado: que así como los sacó de Castilla, quando pasó la primera vez á estas partes, así se los tiene agora en España, porque nunca fué manco dellos ni le faltan: é así nunca ovo menester cirujano ni miraglio para guarescer desse trabaxo."

(3) Resid de Cortés. El cargo en el tom. 1, pág. 28. De los dichos de los testigos consúltese principalmente: Gonzalo Mexica, tom. 1, pág. 101; Antonio Serrano de

una alianza en toda forma con los señores de las cuatro cabeceras, Maxixcatzin, Xicotencatl, Tzihucoacatl y Tlahuexolotzin y otros principales. Consistió aquel pacto en, "que le diesen socorro y ayuda de gente y armas y comida para hacer la guerra de México, y "que les prometia en nombre del emperador nuestro señor y de la "corona Real de Castilla, de darles á Cholula en repartimiento, y "ciertos pueblos que solían ser afectos, y de partir con ellos lo que "conquistase y ganase, y que les daría la tenencia de la fortaleza "que se había de hacer en México, y les prometió otras muchas libertades y exenciones, é que ellos y sus descendientes é sucesores "serían libres de tributo para siempre." (1) Así se explica y se comprende aquella firme lealtad guardada por los tlaxcalteca: fundábase en una série de tentadoras promesas, ninguna de las cuales tuvo cumplimiento. Todos aquellos pueblos, cegados por el ódio y

Cardona, tom. 1, pág. 211; Rodrigo de Castañeda, tom. 1, pág. 341, Alonso Ortíz de Zúñiga, tom. 2, pág. 163.—El cargo está explicado de esta manera por D. Hernando.—"189. Item: si saben que al tiempo que los yndios se levantaron en esta cibdad la noche quel dicho Don Hernando Cortés é compañeros salieron huyendo desta cibdad, el dicho Don Hernando Cortés mandó dar y entregar todo el oro que de S. M. abia, á sus oficiales, é se lo dieron y entregaron, é liaron encima de una muy buena yegua, é dos hombres que llevaban consigo la dicha yegua; é si saben que nunca mas el dicho oro, ni la dicha yegua, ni los hombres que iban con ella, parecieron, ni ovo rastro ni señal dellos, é se perdió con mas de quatrocientos españoles que murieron aquella noche que los dichos yndios se alzaron: é si saben quel dicho oro que así se puso en la yegua, liado, era de S. M., lo que se abia abido de su quinto, é no del dicho D. Hernando Cortés."

"190. Item: si saben quel oro que pareció despues en poder de los españoles, no era lo que de S. M. se había perdido, antes del dicho D. Hernando Cortés é de otras personas, que se abia repartido aquella noche, para que cada uno salvase lo que pudiese; é si saben que todo aquel dicho oro que se ovo de los españoles, se abia ya quintado, porque nengund oro se ovo despues de la dicha noche hasta el tiempo que se dió el pregon para que los españoles truxesen el oro que ternian; é hasta que salieron huyendo la dicha noche, todo el oro que abia abido, estaba quintado é dado su parte á S. M.; é si saben quel oro que así pareció en poder de los españoles, descian que ya estaba quintado; é que era así que lo estaba, é se tornó á quintar otra vez, é se imbió á S. M. la parte que le copo, con Alonso de Mendoza."

"191. Item: si saben quel oro que así se recogió de los dichos españoles, para ver si pertenecía el quinto á S. M., ó si era de lo quintado, el dicho D. Hernando Cortés hizo proceso primero, é hizo su ynformacion antescribano, en forma."—Interrogatorio, Doc. inéd. tom. XXVII, pág. 376—78.

(1) Pregunta 14 de la Informacion del cabildo de Tlaxcalla. De los testigos algunos lo fueron presenciales del concierto.

